

El escritor que no necesitaba su muerte

Carlos Tomás

A mediados del mes de mayo de 1976, poco antes de ser secuestrado, asesinado y hecho desaparecer para siempre por los militares que habían dado el golpe de Estado en Argentina e inundaban el país con una ola de represión y de crímenes, el escritor Haroldo Conti vivía de espaldas al peligro, sin saber que los sublevados ya le habían puesto encima una diana, habían encerrado su nombre en un punto de mira, como suelen hacer los grupos terroristas. El se sabía en las listas de los subversivos, pero quizás creyó que ser una persona conocida lo ponía a salvo. Porque Conti, efectivamente, era un autor de prestigio, se le consideraba una de las figuras esenciales de la llamada «generación de Contorno» y ya había sido reconocido con sucesivos galardones de la categoría del Premio Barral, en España, y el Casa de las Américas, en Cuba, por sus novelas *En vida* y *Mascaró*, lo cual no era nada más que una manera de confirmar el camino de éxito y reconocimiento que había iniciado con la primera de sus creaciones narrativas, titulada *Sudeste*, en la que recreaba los territorios del Delta del río Paraná, donde tenía una casa que era su refugio predilecto, y con la que había logrado alzarse con otro premio, el Fabril, en 1962. Para redondear su fama, la novela *Alrededor de la jaula*, con la que luego haría una película titulada *Creecer de golpe* el director Sergio Renán, había obtenido el Premio Universidad de Veracruz. Pero nada de eso le sirvió de escudo, como no le serviría a sus colegas Roberto Arlt o a Francisco Urondo, entre otros muchos.

Haroldo Conti: *Cuentos Completos*. Prólogo de Gabriel García Márquez, Bartleby. Madrid, 2008.

El premio Nobel colombiano Gabriel García Márquez, que había sido uno de los miembros del jurado –otro de ellos fue Mario Vargas Llosa– que eligió *Sudeste* como ganadora del premio Barral, lo cuenta de un modo inmejorable en un artículo que publicó en el diario *El País*, en 1981, y que ahora se reproduce, a modo de prólogo, en la edición de los *Cuentos completos* de Conti que acaba de publicar la editorial Bartleby. «A Haroldo Conti, que era un escritor argentino de los grandes –escribe el autor de *Cien años de soledad*–, le advirtieron en octubre de 1975 que las fuerzas armadas lo tenían en una lista de agentes subversivos. La advertencia se repitió por distintos conductos en las semanas siguientes y, a principios de 1976, era ya de dominio público en Buenos Aires. Por esos días, me escribió una carta a Bogotá, en la cual era evidente su estado de tensión. «Martha y yo vivimos prácticamente como bandoleros», decía, «ocultando nuestros movimientos, nuestros domicilios, hablando en clave». Y terminaba: «Abajo va mi dirección, por si sigo vivo». Esa dirección era la de su casa alquilada en el número 1205 de la calle Fitz Roy, en Villa Crespo, donde siguió viviendo sin precauciones de ninguna clase hasta que un comando de seis hombres armados la asaltó a medianoche, nueve meses después de la primera advertencia, y se lo llevaron vendado y amarrado de pies y manos, y lo hicieron desaparecer para siempre. Haroldo Conti tenía entonces 51 años, había publicado siete libros excelentes y no se avergonzaba de su gran amor a la vida.» Da a continuación García Márquez unos detalles que simbolizan ese vitalismo de Conti y luego continúa con el relato del drama, del que copio unos fragmentos: «Desde que recibió las primeras advertencias tenía una invitación para viajar a Ecuador, pero prefirió quedarse en su casa.(...) El pretexto principal para no irse era que Martha estaba encinta de siete meses y no sería aceptada en avión. (...) En febrero de 1976, Martha dio a luz un varón, a quien pusieron el nombre de Ernesto. Ya para entonces, Haroldo Conti había colgado un letrero frente a su escritorio: «Este es mi lugar de combate, y de aquí no me voy». Pero sus secuestradores no supieron lo que decía ese letrero, porque estaba escrito en latín. El 4 de mayo de 1976, Haroldo Conti escribió toda la mañana en el estudio y terminó un cuento que había empezado el día anterior: *A la diestra*. (...) A las nueve de la

noche, después de comerse un pedazo de carne asada, se fueron a ver *El Padrino II*. Era la primera vez que iban al cine en seis meses. Los dos niños se quedaron al cuidado de un amigo que había llegado esa tarde de Córdoba y lo invitaron a dormir en el sofá del estudio. Cuando volvieron, a las 12.05 horas de la noche, quien les abrió la puerta de su propia casa fue un civil armado con una ametralladora de guerra. Dentro había otros cinco hombres, con armas semejantes, que los derribaron a culatazos y los aturdieron a patadas. El amigo estaba inconsciente en el suelo, vendado y amarrado, y con la cara desfigurada a golpes. En su dormitorio, los niños no se dieron cuenta de nada porque habían sido adormecidos con cloroformo. Haroldo y Martha fueron conducidos a dos habitaciones distintas, mientras el comando saqueaba la casa hasta no dejar ningún objeto de valor. Luego los sometieron a un interrogatorio bárbaro. Martha, que tiene un recuerdo minucioso de aquella noche espantosa, escuchó las preguntas que le hacían a su marido en la habitación contigua. Todas se referían a dos viajes que Haroldo Conti había hecho a La Habana. (...) A las cuatro de la madrugada, uno de los asaltantes tuvo un gesto humano, y llevó a Martha a la habitación donde estaba Haroldo para que se despidiera de él. Estaba deshecha a golpes, con varios dientes partidos, y el hombre tuvo que llevarla del brazo porque tenía los ojos vendados. (...) Haroldo se despidió de Martha con un beso. Ella se dio cuenta entonces de que él no estaba vendado, y esa comprobación la aterrorizó, pues sabía que sólo a los que iban a morir les permitían ver la cara de sus torturadores. Fue la última vez que estuvieron juntos. (...) Quince días después del secuestro, cuatro escritores argentinos –y entre ellos los dos más grandes– aceptaron una invitación para almorzar en la casa presidencial con el general Jorge Videla. Eran Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Alberto Ratti, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, y el sacerdote Leonardo Casteñani. Todos habían recibido por distintos conductos la solicitud de plantearle a Videla el drama de Haroldo Conti. Alberto Ratti lo hizo, y entregó además una lista de otros once escritores presos. El padre Castellani, que entonces tenía casi ochenta años y había sido maestro de Haroldo Conti, pidió a Videla que le permitiera verlo en la cárcel. Aunque la noticia no se publicó nunca, se supo que, en efec-

to, el padre Castellani lo vio el 8 de julio de 1976 en la cárcel de Villa Devoto, y que lo encontró en tal estado de postración que no le fue posible conversar con él « Y ésa, cuenta García Márquez, fue la última vez que se supo de él. Y el misterio continúa hasta ahora, porque sus restos siguen en paradero desconocido. Cada 5 de mayo, que es el día en que fue detenido, se celebra en Argentina el Día del Escritor Bonaerense.

De manera que la noche en que asaltaron su casa, Haroldo Conti acababa de terminar un relato, pero antes había escrito otros cuentos tan extraordinarios como «Las doce a Bragado», «Perfumada noche», «La causa» —que le había granjeado otro premio, en esa ocasión dado por la revista *Life*—, o «Memoria y celebración», que se repartieron en libros como *Todos los veranos* —ganador del Premio Municipal de Buenos Aires—, *Con otra gente* y *La balada del álamo carolina* y que, por supuesto, están incluidos en la edición de los *Cuentos completos* de Bartleby. En todos ellos brilla con fuerza la prosa limpia y certera de Conti, su estilo de enorme plasticidad que dibuja siempre en el ojo y el oído del lector un paisaje frondoso donde se reconocen colores, olores y sonidos con una nitidez a la que sólo llegan los escritores de verdadero talento y que, en su caso, es capaz de la evocación y la celebración a un tiempo, porque su escritura, que tiene una gran carga autobiográfica, hasta el punto de que en sus cuentos se mezclan con frecuencia los personajes y los hechos ficticios con las personas y las situaciones reales, deja transparentar un carácter nostálgico pero también combativo. Un buen ejemplo es el de su última creación, «A la diestra», donde podemos ver entrar una vez más a las personas de carne y hueso en el territorio de la invención: «Cuando prendieron la primera luz aunque todavía el día era para el lado de Junín, detrás de Warnes, el cielo, este cielo, se encendía con esas luces de maravilla que cambian lentamente y revisten la tarde con neblinosas vaguedades, llegaron algunos payadores de la tierra que aunque no estaban muertos tenían el alma de fantasía. Llegó ese tal, Juan Gelman, que recitó medio desafinado mientras el Tata Cedrón punteaba la guitarra (...)»

Conti era y es un maestro del símbolo, y por lo tanto sabía encontrar lo más grande dentro de lo más pequeño, como hace en «La balada del álamo carolina», donde la descripción del árbol

magnífico, del paso de las estaciones y los caminos que explica la madera a quien sabe mirarla, es también un mapa de la vida, una reflexión sobre el paso del tiempo, por lo que el hombre de la última línea del cuento, que según se nos dice «se durmió y soñó que era un árbol», no debió de notarse muy distinto dentro, en el sueño, a como era fuera, en la realidad. De eso, precisamente, es de lo que suelen tratar en el fondo la mayor parte de los hipnóticos relatos de Haroldo Conti, de la necesidad de apreciar la belleza y estudiar los pequeños detalles de las cosas para aprender algo acerca de nosotros mismos. Reflexión y parábola son dos sustantivos que podrían resumir muy bien la esencia de su obra. Una obra que le da la razón a García Márquez, porque es extraordinaria y lo mismo que le había dado a su autor un lugar de privilegio en vida, ahora lo mantiene a flote, porque su literatura lo pone a salvo de su mito y su obra no necesita en absoluto de su muerte para llamar la atención y hacerse necesaria a los lectores de paladar más exigente. Estos *Cuentos completos* son una buena muestra de lo que decimos ©